

zamos, so pena de emprenderlo fuera de sazón y con peligro de algun contratiempo.

IV. El docto Plinio da dos buenas calidades á la luna, que convienen extraordinariamente á la madre de Dios: la una que es muy amiga de nuestra tierra y la otra que gobierna todos los pronósticos y conjeturas que sacamos del cielo. ¿Y qué cosa hay mas cierta en el mundo que la infalible verdad de que en ninguno de los santos hallamos un refugio y amparo semejante al que experimentamos en la virgen María, la cual ama singularmente á los hombres y no cesa de hacerles bien? ¿No sacamos de ella las señales certisimas de la amistad que Dios nos tiene, de nuestra reconciliacion con su soberana majestad, de nuestra salvacion eterna y generalmente de todo lo que se trata en el cielo para nuestra felicidad? Pero el Espiritu Santo me sugiere pensamientos mucho mas altos, cuando dice por boca del Eclesiástico que la luna marca los tiempos, señala los años y ordena las fiestas: que es máquina de ejército que hay en las alturas, y brilla maravillosamente en el firmamento del cielo (1). ¿Qué puede decirse ni mas natural, ni mas ventajoso á la madre de Dios? Con efecto ¿no es ella quien gobierna nuestros dias, nuestros años y nuestras vidas, y de quien depende singularmente despues de Dios toda la dicha que esperamos? ¿No es ella la que mide nuestros goces y contentos? Y sin ella ¿no podriamos despedirnos de todos los regocijos y dulcedumbres que esperamos del cielo? ¿No es el instrumento general de la bondad y misericordia de Dios para la conversion de los pecadores, el aprovechamiento de los justos y la santificacion de los perfectos?

V. ¡Oh Maria, madre de las madres, virgen de las

(1) Eccli., c. XLIII.

virgenes, estrella de las estrellas y delicia de las almas fieles! exclamaba el autor de la contienda de la iglesia con la sinagoga, que se halla entre las obras de S. Agustin. ¡Qué obligados estamos á tu bondad! ¡Qué dulcedumbre recibimos por tu medio! ¡Con qué gracia favoreces á los que tienen la dicha de conocerte y amarte! ¿Quién podrá contar el número de tus beneficios? ¿Quién podrá declarar los efectos de tus benéficas influencias? ¿Quién tendrá medio de hablar dignamente del cuidado con que miras por nosotros. Abismate, alma mia, en estos gratos pensamientos; anégate en estos dulces sentimientos; y prepárate á ver algun dia maravillas, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el corazon del hombre puede comprender.

§. V.—Que Maria es el sol del mundo.

I. Dice el emperador Mateo Cantacuzeno: «No os figureis que hay inconveniente en que la que acabamos de comparar á la luna, sea tambien llamada un sol, porque le damos estos diversos nombres por diferentes consideraciones. Decimos que es un sol, porque el Verbo divino habitó en ella como en su tabernáculo, y porque ella tiene en sí la plenitud de la luz como él. Por otra parte le damos el nombre de luna, porque ella no tiene de suyo la luz que posee, sino que la toma toda prestada de su hijo, que es el único sol de justicia. «Antes que el devoto príncipe el máximo doctor S. Gerónimo tuvo el mismo pensamiento, porque explicando estas palabras del salmo XVIII: *Puso su tabernáculo en medio del sol*; sostiene que deben de entenderse del seno de la gloriosa Virgen, y añade que para que viniese á ser un sol radiante la que antes no era mas que una estrella, le comunicó su hijo tanta copia de luz, que no pudieron sufrirla los ángeles. Despues de él el santo cardenal Pedro Damiano da vue-

lo á su gallardo ingenio indagando (1) las razones por que la iglesia la llama con el esposo de los Cantares escogida como el sol (2). «El Espiritu Santo, dice, no encontró otra cosa mas noble entre las criaturas materiales. Con efecto es muy diferente la claridad del sol de la de la luna, porque si bien esta disminuye en cierto modo por su gran luz la de las estrellas, sin embargo no la eclipsa; pero el sol nos oculta de tal suerte la vista de todos los otros astros por su fuerte luz, que vienen á ser para nosotros como si no brillaran. De la misma manera la madre de Dios oscurece tanto los méritos de todos los demás santos, que en presencia de ella no les queda lustre ni esplendor.» Con esto concuerda lo que dice S. Basilio de Seleucia cuando afirma (3) que la Virgen lleva por lo menos tanta ventaja á los mártires (¿y por qué no á todos los otros santos?) como el sol á los demás luminaires del cielo.

*La virgen Maria es un sol naciente en su concepcion.*

II. S. Buenaventura con los doctores nombrados dice muy bien que si en algun tiempo hubo razon para compararla con el sol, fué cuando la encarnacion del Verbo (4), porque entonces resplandeció de una manera capaz de pasmar á los ángeles y á los hombres. Pero despues de oír á todos me parece que el discurso de S. Bernardino de Sena satisface grandemente mi entendimiento. Presupone como cosa indudable que la madre de Dios es un sol, y luego dice que puede ser considerada en tres estados: el primero es el de su inmaculada concepcion, en el cual es merecidamente comparada al sol naciente, que dora con sus primeros rayos la cima de los montes

(1) Serm. de Assumpt.

(2) Cantic. III.

(3) Serm. de Annuntiat.

(4) Specul. B. Virg., cap. 41.

mas altos. «Entonces, dice el santo, esto es, en su alba, despidió cuatro rayos: el primero fué de santidad, pero de una santidad conveniente á la futura madre de Dios: el segundo fué de conocimiento, con que su espiritu anticipando la época ordinaria del uso de la razon fué iluminado singularmente sobre todos los demás espíritus criados: el tercero fué de caridad, porque esta alma privilegiada, viéndose tan amorosamente prevenida con bendiciones de dulzura, hizo un esfuerzo tan extraordinario de amor, que quedaron confundidos los serafines: el cuarto fue de tranquilidad, causada por la paz universal que Dios puso en todas las potencias de su cuerpo y de su alma, sin que ninguna pudiera turbarse ó levantarse contra la razon.»

*Es un sol que se eleva en su nacimiento y en el progreso de su vida.*

III. Su segundo estado fué el de su nacimiento, su niñez y su morada en el templo, del cual podemos decir que se pareció enteramente al sol que se eleva á toda prisa sobre el horizonte. En este segundo estado difundió igualmente cuatro rayos de luz: el primero fué un rayo de hermosura en cuerpo y alma, con cuyo motivo es llamada toda hermosa, hermosura completa y que atrae al amor de la virtud y la castidad; hermosura en un todo cumplida y que sobrepuja la de las estrellas de la mañana. El segundo fué un rayo de exencion de toda especie de pecados, que procedia no menos de la plenitud de la gracia recibida que de la calma de las pasiones desordenadas y de la perfeccion exterior de Dios y de los ángeles. El tercero fué un rayo de contemplacion de las cosas celestiales, que llenaba su alma de increíble dulzura y la tenia unida al principio de todo contentamiento con una union indisoluble. El cuarto fué un rayo de vida ejemplar tan claro y brillante, como que desde luego la

hizo amable á los que la veían, y admirable á los que consideraban atentamente los hermosos rasgos de sus virtudes regias.

*Es un sol en su mediodia en la concepcion del Verbo divino.*

IV. El tercer estado fué el de la concepcion del Verbo divino, que fué el verdadero mediodia de nuestro sol místico, es decir, de la Virgen santísima, en el que está llenó verdaderamente el mundo con los rayos de los esplendores eternos; pero los mas excelentes fueron los cuatro que voy á decir. El primero fué la plenitud de la gracia, que Maria recibió entonces de un modo inefable para ser de allí adelante un manantial vivo y un principio de ella juntamente con su hijo. El segundo una extincion de cuanto podia impedir ó retardar en nada el curso de sus excelentes virtudes, y cierta impecabilidad de que ya he hablado. El tercero una adhesion al sumo bien por via de union y transformacion en él, que divinizaba todas sus acciones y las hacia de un mérito inestimable. El cuarto una quietud y seguridad que tenia tanto de su estado presente como del futuro y de todas las demás promesas que se le habian hecho de arriba. A este tercer estado de la gloriosa Virgen le he llamado con todos los santos padres el mediodia de nuestro sol místico á causa del fuego que encendió entonces su bienaventurada alma en llamas de caridad. Paréceme que puedo entender de este estado lo que se lee en el capitulo XLIII del Eclesiástico: que el sol al mediodia abrasa la tierra, y á la vista de su ardor no háy quien pueda tenerse firme: como el que mantiene un horno para las obras que se hacen á fuego; tres tantos mas es el sol que abrasa los montes, exhala rayos de fuego y relumbrando ciega los ojos. Grandé el Señor que le hizo, y con su palabra aprésura la carrera de él. Entonces aconteció un prodigio inaudito que no

puede declararse sino con la pluma y el entendimiento de un ángel, porque aquel divino sol en medio de sus ardores y raptos mas que seráficos produjo otro sol naciente, que salió como el esposo de su tálamo nupcial segun la expresion del real profeta. Este fué el Verbo encarnado, verdadero sol que ilumina con su luz á todos los que vienen á este mundo. Para comprender el bello pensamiento del Salmista es necesario haber contemplado el sol cuando sale por la mañana del fondo del mar; espectáculo el mas majestuoso y deleitable que puede gozarse en la tierra. Mas aun despues de considerado todo esto no tendremos sino una tosca imágen de la salida del sol en nuestras almas. No obstante si la vista de un objeto engañoso es capaz de dar tanto contento al que le ve desde la cumbre de un monte; ¿cuál seria el deleite de los ángeles cuando asistieron al nacimiento del sol único del mundo y le vieron salir de su tálamo nupcial y del seno de la Virgen, su madre y esposa juntamente? Los santos que tuvieron alguna representacion imaginaria de este inefable misterio, se anegaron en delicias que no pudieron explicar jamás: ¿qué juzgaremos pues de los que tuvieron la dicha de contemplarle no en figura, sino en verdad, no solamente por imaginacion, sino por una potencia real?

*Es un sol poniente en su muerte.*

V. Si me fuera posible añadir algo de mi caudal á los preciosos conceptos de S. Bernardino; pondria como por añadidura un cuarto estado de la Virgen, que es el de su glorioso tránsito, llamándole con razon el ocaso de aquel sol divino, y diria para seguir las huellas del gran siervo de Maria que entonces despidió cuatro rayos de extraordinaria claridad. El primero fué el de un deseo amoroso de ver á Dios y unirse á su amado; rayo tan

fuerte y penetrante, que dió hasta en el corazón de Dios y sacó una santa condescendencia con los justos deseos de su muy querida hija. El segundo fué el de una resignación animosa con todas las disposiciones del cielo, resignación muy diferente de la de un S. Martín y todos los otros santos, que deseando la muerte llevaban la vida con paciencia. El tercero fué el de un éxtasis de amor indecible, que no pudo hallar salida sino por el desfallecimiento de corazón y por la falta de vida, abriéndose así paso su bienaventurada alma para entrar en la inmortalidad. El cuarto fué el de un cuidado mas que maternal que tuvo entonces de todos los hijos de la iglesia, continuándole despues siempre y aumentándole en los celestiales incendios de su divino esposo, cuyo fuego está en Sion y el horno en Jerusalem (1). Lejos de aquí los bajos deseos de Eudoxo, que por alimentar su vista y su espíritu de una vana curiosidad consentia en ser reducido á cenizas en cuanto hubiese considerado á su espacio el sol que nos alumbraba. Aquí tenemos otro sol, digno de ser contemplado eternamente, y por mi protesto que no solo no me lamentaria de mi vida por eso, sino que tendria á merced ver mi alma desprendida del cuerpo por el impulso de semejante deseo y por los poderosos atractivos de un objeto tan excelente para pasar de ahí á la dicha de verle y contemplarle eternamente.

VI. Entretenéos en esto, almas privilegiadas, mientras pongo fin á mi discurso con el devoto S. Bernardo, cuyo pensamiento confieso que me ha penetrado el corazón. «Quitad el sol visible del mundo, dice (2): ¿quién hará el día? Quitad á María de entre los hombres: ¿qué otra cosa les quedará sino densísimas tinieblas y una

(1) Isai. XXXI.

(2) Serm. de nativit. Virg.

oscuridad semejante á la sombra de la muerte? Los filósofos quieren persuadirnos que faltando el sol en el mundo, no solo llegaria á faltar la agradable variedad de las estaciones que nos deleita, sino que además habria una cesación y como suspensión general de todos los actos que se ejecutan debajo de la luna, y por consiguiente se seguiria un trastorno universal del orden establecido por Dios en sus criaturas, una muerte súbita de todas las que tienen vida, y una funesta destrucción de las que están privadas de ella. A los filósofos les toca discutir estas proposiciones: yo por mi parte creo firmemente que no hay un espíritu criado capaz de imaginar qué seria de nuestro mundo si se hubiese quitado de él á María, honor del cielo y de la tierra; porque prescindiendo de que si ella no fuera, no habria Jesucristo, para quien sola ó principalmente fué hecha, segun mostraré al principio del tratado segundo, si nos hubiera sido arrebatada, ¿en quién esperarían ya los pecadores y de quién aguardarian el auxilio cuando hubieran ofendido al salvador de sus almas y conculcado la sangre del testamento? ¿Qué asilo y qué ciudad de refugio quedaria á los infelices reos? ¿Quién seria el abogado de aquellos cuyas causas desesperadas merecieran solo rigurosa justicia? ¿Quién recogeria á los dormidos? ¿Quién animaria á los desfallecidos? ¿Quién inflamaria á los tibios? ¿Quién estimularia á los fervorosos? ¿Quién protegeria á la iglesia? ¿Quién la defenderia de sus enemigos visibles é invisibles? ¿Qué seria de aquellos cuyo corazón se hiela de miedo de la ira de Dios, y que únicamente pueden ser atraídos con sentimientos de bondad y misericordia? ¿Quién cuidaria de los afligidos? ¿Quién asistiria á los moribundos? ¿Quién los llevaria despues de su muerte al terrible tribunal de Dios? Sirvannos estas consideraciones para reconocer la obligación que tenemos á nuestro Dios, que nos dió ese hermoso sol, cuyos efectos son tan benéficos, y para encen-

der en nuestros corazones el deseo de amar, honrar y servir á aquella por quien respiramos y de quien recibimos tantos bienes.

§. VI.—Que María es el paraíso de delicias.

I. Es muy cierto que sabemos por S. Gregorio Magno (1) que los justos y amigos de Dios componen en este mundo un hermoso vergel, cuyos cedros son las almas grandes que perseveran siempre firmes en el amor de las cosas celestiales, siempre verdes en su conciencia é incorruptibles por los afectos temporales y terrenos: los espinos blancos, que en Judea tienen una particular lozania y un aroma extraordinario, son aquellos que procuran ganar las almas á Dios, estimulando los corazones con una compuncion saludable, y regocijándolos con el suave olor de la virtud: los mirtos son los que mitigan las tribulaciones de los afligidos con un verdadero espíritu de compasion: los empinados abetos aquellos que en los cuerpos corruptibles se dan á la contemplacion de las cosas eternas: los olmos los seglares que sustentan y asisten con sus bienes á los siervos de Dios, quienes en cambio les suministran el vino delicioso de sus santos documentos; finalmente los bojés son aquellos que aunque no suben tan alto, ni producen gran fruto, se mantienen en el verdor de la recta creencia una vez recibida en el bautismo. Bien sé que Hugo de S. Victor da una significacion mistica á todas las partes de estos árboles escogidos, porque al decir de él la raiz es la fé, el tronco la esperanza, las ramas la caridad, la medula la recta intencion, la corteza la conservacion exterior, las hojas los buenos ejemplos, las flores la honesta fama y los frutos las santas obras.

(1) Homil. 20 in Evangel.

II. Pero á solo la madre de Dios conviene el que una sola criatura forme un vergel entero y sea un paraíso terrenal, un paraíso de delicias. Esta no es una invencion mia, porque antes que yo se apresuraron los santos padres á honrarla con ese precioso título: Santiago en su liturgia y despues Proclo, patriarca de Constantino-  
pla, en la arenga que hizo al concilio de Efeso, la llamaron un paraíso espiritual: S. Gregorio Taumaturgo un paraíso racional y un paraíso de incorrupcion (1): Hesiquio un paraíso de inmortalidad (2): S. Efren un paraíso de delicias y de todo género de deleites (3). Lo mismo dijeron S. Andrés de Jerusalem (4), S. Juan Damasceno (5), S. Bernardo (6), S. Buenaventura (7) y otros muchos. Hé aqui una muestra del discurso del abad Ruperto en su libro IV sobre el Cantar de los cantares:

«El paraíso de que habla Moisés, dice, fué el paraíso antiguo, el paraíso terrenal; pero el de que yo trato, es el paraíso nuevo y el paraíso celestial. El mismo Señor que formó el uno, tiró á cordel el otro; pero en el uno puso al hombre que habia formado de barro, y en el otro al hombre que estaba al principio cerca de él, con él y en él. De la tierra de aquel paraíso fueron formados todos los árboles que sirvieron para hermosearle, hasta el árbol de vida plantado en medio de los otros: de este fueron sacadas todas las plantas de gracia y virtud, hasta el verdadero fruto de vida, que es el salvador de nuestras almas. De aquel salia el rio que se dividia en cuatro brazos, y de este el rio de quien decia el salmista: El rio impetuoso alegra á la

(1) Orat. 2 et 3 de Annuntiat. (5) Serm. 2 de dormit. B. V.  
(2) Orat. 2 de S. Deipara. (6) Serm. de nativ. B. Virg.  
(3) Orat. de Deipara. (7) Specul. B. Virg., c. 42  
(4) Orat. de Annuntiat. etc.